

#OPERATIVOLIBERTAD

EL RÍO INTERMINABLE DE LAS CONGOJAS

RODOLFO EDWARDS



PROYECTO
BALLENA



La narrativa de Libertad Demitrópulos está marcada por la presencia de personajes fuertes, delineados con trazo firme, sin dobleces. Su novela Río de las congojas nos introduce en un período histórico particular: la segunda fundación de Buenos Aires, en 1580. A partir de esa coordenada temporal Demitrópulos despliega su maquinaria narrativa, con rasgos de estilo que convierten su literatura en materia viva, en un profundo cuestionamiento de los basamentos sobre los que se construyó lo que sería nuestra nación.

La vida intrauterina de aquella Buenos Aires fundada por segunda vez, tuvo una serie de vicisitudes que Demitrópulos narra atendiendo menos a la peripecia, a la datación histórica, que a un riguroso trabajo con el pathos de sus criaturas que develan ciertos conflictos y problemáticas que sólo pueden ser desentrañados a través de una ficción; nos sumerge en la poética de los derrotados, de los que quedaron en los arrabales de las crónicas oficiales. En esos callejones de la historia, Demitrópulos encuentra los motivos para construir un relato implacable, con rotundas implicaciones ideológicas. Río de las congojas conjuga una literatura de ideas con exploraciones narrativas innovadoras que transgreden los postulados clásicos de la novela histórica: la cronología se difumina en una niebla fantasmal que invoca lo no dicho, lo omitido.

La manera de abordar este fragmento de la época colonial, ha quedado grabado a fuego en la literatura argentina. Junto a *El entenado* de Juan José Saer, *Zama* de Antonio Di Benedetto y algunos cuentos de *Misteriosa Buenos Aires* de Manuel Mujica Láinez, *Río de las congojas* aporta una visión esclarecedora, partiendo de la microhistoria, atendiendo al detalle, al fragmento que oscurece, y a la vez ilumina, ciertos aspectos espeluznantes de la epopeya colonial.

Demitrópulos pone el dedo en la llaga, se embarra transitando caminos tortuosos y no siente vértigo al asomarse a los pozos ciegos de la historia, a sus miserias y arbitrariedades, no trepida al tajar los mapas para encontrar parajes vírgenes y dotarlos de sentido. Con esos detritus que quedaron esparcidos, y olvidados, en las rutas consabidas, también se puede reconstruir, y restituir, el status de los negados, de los borrados. De esas ausencias que emiten quejidos en los desvanes de la historia, se nutre la escritura de *Río de las congojas* que, dada la importancia de sus desarrollos, adquiere los visos de un manifiesto.

El volumen de las voces narradoras es intermitente, se expresa en distintas tonalidades y coloraturas, dejando discurrir a la memoria que emite señales en medio de un naufragio. Como política de edición, Demitrópulos oprime alternativamente

las teclas de flash-back y de flash-forward, haciendo del tiempo una materia maleable que se moldea de acuerdo a los deseos de los narradores, de su necesidad de expulsar el mucho dolor y las escasas alegrías que fueron conformando su biografía. Del mismo modo, emprende la escritura el narrador de *El entonado*: “Si lo que manda, periódica, la memoria, logra agrietar este espesor, una vez que lo que se ha filtrado va a depositarse, reseco, como escoria, en la hoja, la persistencia espesa del presente se recompone y se vuelve otra vez muda y lisa, como si ninguna imagen venida de otros parajes la hubiese atravesado”. La persistencia de la memoria, su lógica, es garantía de la narración y lo que aflora, en su indeterminación, en su random, tiene el poder revelatorio, despeja el camino hacia la verdad, despojada de retórica.

Las locaciones donde transcurre *Río de las congojas* mantienen un permanente diálogo con los personajes, hay una consustanciación de hombres y mujeres con la naturaleza en una argamasa metafísica: “Allá, en el mundo de abajo, en el corazón del bosque, los pájaros tardan en llegar a la luz para gozarla, tapados por los palmerales y las añosidades, y las ligazones de bejucos, enredaderas y troncos. Tardan, tapados por la copudez y la frondosidad. En las penumbras de abajo se siente la lucha de los vegetales por ganar la respiración de

arriba, señoreándose unos contra otros, como fieras, para poder sorber el viento y disfrutar la luz”.

El río Paraná posee a la narración, desordenándola bajo el capricho de su correntada, como si un espíritu habitase en el fondo de las aguas, poniendo a la historia bajo su influjo: “Y cuando digo río me estoy refiriendo a este, al único que mis ojos conocen, al gran río de muchas venas, que viene naciendo de adentro de la selva brasileña y baja abriendo calles de sol en un como bramido de animal, y en su propia sangre pare islas verdosas y cobija el sueño de los yacarés”.

Cada palabra resuena en una cámara de ecos, multiplicándose, germinando en un túnel de tiempo donde se desovillan los nudos traumáticos de una época histórica que siempre pareció patrimonio exclusivo de los “crónicas de Indias” de escriba como Ruy Díaz de Guzmán que, más allá de su enorme valor testimonial, no dejan de ser libretas de apuntes, una recopilación de hechos relevantes, bajo la mirada hegemónica del colonizador, imbuido por la naturaleza de su misión en estas tierras invadidas a sangre y fuego. De todas maneras, el libro *La Argentina manuscrita*, de Ruy Díaz de Guzmán, es pródigo en escenas que retratan el impulso español en pos de asentarse y dominar estos territorios, inventando un nuevo origen a lo que ya poseía entidad. Vale aquí recordar el real

significado de la palabra “aborigen”: ab origine. Ese prefijo “ab” intenta borrar la presencia de habitantes en el continente americano; la idea de “descubrimiento” implica el no reconocimiento de condición humana a los pueblos originarios, asimilándolos con las bestias.

La lucha es continua y confusa, los españoles se enfrentan a algo diverso y múltiple, buscando someter a los nativos y contener una naturaleza abrumadora y barroca que subyuga e hipnotiza al ojo no entrenado: “Esta célebre victoria se consiguió el día 3 de Mayo, en que se celebra la invención de la Santa Cruz, del citado año (1560), en que murieron más de 3 mil indios, y sólo cuatro españoles y setenta amigos, aunque hubo cantidad de heridos, sin que en ellos se experimentase el efecto de la yerba venenosa de las flechas, que quizá con el tiempo había perdido su fuerza por nuestra fortuna”, dice Ruy Díaz de Guzmán, testimoniando la crueldad de los enfrentamientos entre españoles y nativos.

Río de las congojas discurre por estos caminos, retratando ciertos episodios reales como “La Revolución de los Siete Jefes”, una rebelión producida en Santa Fe en el año 1581, cuando un grupo de mestizos (“mancebos”) se levantaron contra el gobierno español reclamando derechos y posesión de tierras. A pesar de haber colaborado, junto a Juan

de Garay, en la fundación de la ciudad de Santa Fe, quedaron marginados en relación a los españoles que se veían favorecidos por todo tipo de prebendas. Aliados con el gobierno de Tucumán toman el poder, pero el levantamiento es rápidamente sofocado. Esta inédita conflagración sería un antecedente de futuros movimientos insurreccionales al poder español. Demitrópulos alude a estos hechos reales en forma tangencial, lejos del registro realista, integrándolos a los ritmos y la musicalidad de su prosa; lugar, espacio y tiempo quedan en estado de suspensión, en un limbo propio de la poesía: “El pobre Lázaro no malició. Aquí, después, lo descabezaron y descuartizaron a puro potro, junto con los otros bastardos que ambicionaban mando y extensión. Yo, que también soy bastardo, y estaba harto de obediencia y trabajo, como no alcancé a contar con la confianza de Lázaro ni de los otros jefes levantiscos, me dejaron reculado el día de la conspiración”, cuenta Blas de Acuña, uno de los protagonistas de Río de las congojas.

Narradores en la correntada del río

La novela tiene una estructura coral, a partir de una tríada de narradores (María Muratore, Isabel Descalzo y Blas de Acuña) que van mezclando sus voces hasta formar una sola corriente, como si

fuesen afluentes de un río que va combinando sus oleajes, a fin de componer una trama, pletórica de sucesos. Entre batallas, romances y estampas barriales, la acción transcurre entre Asunción, Santa Fe, Buenos Aires y regiones fronterizas con Brasil, dando cuenta del acontecer colonial y el fragor de la conquista, donde los nativos resisten el embaute español. De ese mejunje, Demitrópulos saca a relucir diversos tonos y recursos narrativos para dotar de plasticidad, y a la vez introspección, a una materia amorfa e huidiza: “En la calle del Pecado, bulliciosa y empinada, vivían las meretrices blancas y guaraníes, después entraron a vivir en esa calle algunos hombres de grandes hábitos de amor, como mi padrino Celestino Descalzo. Eran aquellos hombres como toneles para beber y para el fornicar; gastaban con las mujeres sus energías hasta quedar guiñapos, mayormente si conseguían indios que trabajasen para ellos”. Con este tipo de pantallazos, se reconstruye la cotidianeidad de la ciudad de Asunción, una de las locaciones significativas en el tramo de este período abordado por Río de las congojas.

Si bien el peso narrativo está repartido entre varios protagonistas, la heroína de la novela es María Muratore, una mujer torrencial, esposa de Blas de Acuña y amante de Juan de Garay, “el Hombre del Brazo Fuerte”. Mestiza, hija abandonada por

sus padres, creció bajo la protección de un padrino. Los avatares de la vida la llevaron a intervenir en diversas situaciones, donde se puso a prueba su temple y un enorme coraje para enfrentar un mundo dominado por los hombres, a los que no dudó en enfrentar cara a cara, cuando intentaban violentarla. Apasionada en el amor, diestra en el manejo de armas, se traviste de hombre para luchar en una batalla, usando como pseudónimo “Fernán Gómez”, para ocultar su identidad real: “Vino la orden de correr en defensa de una población del norte, fronteriza con el Brasil. Era un pueblo de avanzada que muchas veces había hecho frente a los mamelucos brasileños: sus hombres agotados de pelear. Por último los indios le había puestos su pica. Asediaban”. El propio Blas de Acuña termina descubriendo el ardid, cuando el valeroso soldado Fernán Gómez cae mortalmente herido: “Abrió la armadura, retiró la ropa y ahí fue que aparecieron las palomas de ojos rosados que eran sus tetitas. ¡Por Santiago y la Porá del agua! Pechos de mujer en ese cuerpo acribillado. Favor de no equivocarse. Sí, dos pechos de hembra, tibios y saltarines, bañándose de sangre. Fernán Gómez: mujer; hembra. Como quien dice tierra.”

A partir de la muerte de María Muratore, nace el mito: “Esa muchacha de la Asunción, la guerrera de Santa Fe, aquella amante de Buenos

Aires y este Fernán Gómez de El Brete. Alguien que quiso ser libre, siendo mujer. Que para eso guerreó con el amor y el desencanto, como peleó con el indio. Era pesado ser mujer en un mundo de varones”.

Como todo mito, también María Muratore es honrada con relatos arborescentes que van cimentando su leyenda, manteniendo vivo su legado que se transmite a través de las generaciones. Isabel Descalzo (la conviviente a la fuerza de Blas de Acuña, a partir de un litigio por la posesión de la herencia de una chacra) es la encargada de asumir la matriz de la historia: “Cuando les contaba la historia de la finadita, sin omitir nada (salvo el hecho de que en Santa Fe había encontrado a quien fuera su madre, Ana Rodríguez), conocida e imaginada por ella, los nietos preguntaban: María Muratore: ¿era de verdad o era de mentira? ¿En esta misma casa vivió? Eso ¿cuánto hace del antes y los despueses?”

Eva Perón y María Muratore como vagantes míticas

Es inevitable asociar la figura de una mujer tan poderosa como María Muratore con la de Eva Perón. En el año 1984, Libertad Demitrópulos publica su ensayo biográfico *Eva Perón*, en la colección Biblioteca Política Argentina del Centro Editor de América Latina, donde desarrolla las dis-

tancias instancias de la vida de la Abandera de los Humildes. En este trabajo, Demitrópulos pone especial énfasis en la obra realizada por Eva Perón durante su corto período de vida. Como si todo sucediera en cámara rápida, Eva se convierte en Evita para hacer honor a “la realidad efectiva”, a la que alude la Marcha Peronista. Si bien Demitrópulos le dedica unos de los capítulos de su libro a la agonía y muerte de Evita (“Pasión y muerte de Eva Perón”), los pasajes más intensos de Eva Perón son aquellos en que la autora enumera con detalle todas aquellas cosas que Evita hizo realidad, en beneficio de las clases más desfavorecidas, además de poner en valor el papel de la mujer en la sociedad y en la política: “Juntamente con la acción social, mientras levantaba edificios, repartía juguetes, medicinas, maquinarias y elementos de trabajo, ropas víveres, Eva Perón desarrolló su trabajo político entre las mujeres. A medida que actúa se va rodeando de grupos de mujeres que desde hace tiempo la siguen. Tiene sobrada inteligencia para detectarlas y descubrir aptitudes. Ellas serán sus células mínimas (para la acción social) y sus “delegadas censistas” (para el trabajo político)”.

Como a la María Muratore de Río de las congojas, también a Evita “le era pesado ser mujer en un mundo de varones” y tuvo que sobreponerse a su condición, imponiendo sus puntos de vista con

un esfuerzo descomunal, con todo el viento en contra.

El cuento “Esa mujer” de Rodolfo Walsh se convirtió en modélico para la construcción del mito de Evita, ya que allí se testimonia el comienzo del deambular del cadáver de Evita con el afán de ocultarlo para que no sea objeto de veneración popular. El temor reverencial ante Evita muerta era un karma para los militares que derrocaron el gobierno de Juan Domingo Perón, en 1955: era un asunto de estado resolver “la cuestión Evita”. Al igual que María Muratore, Evita se transforma en una “vagante mítica”: su cadáver es trasladado de un lado a otro como si hubiese trascendido la muerte por su extraordinario poder simbólico. María Muratore y Evita se espejan en el arco voltaico de los siglos, en un bullicio de alegorías, emitiendo señales de una energía prodigiosa que alimenta una máquina de relatos y versiones.

El relato de Walsh fue el inicio de una saga tanática donde se destacan libros como Santa Evita de Tomás Eloy Martínez e infinidad de ensayos, cuentos, películas y series televisivas, que tienen en común un regodeo sobre un cuerpo muerto, dejando en un segundo plano al cuerpo vivo, aquel que dejó una marca indeleble en el pueblo argentino, por cual se inmoló, dejando, literalmente, jirones de su vida.

En el capítulo “La Fundación” del libro Eva Perón, Demitrópulos expone un largo inventario de las obras de la Fundación Eva Perón y sigue asombrando la cantidad de emprendimientos llevados a cabo por la Fundación en tan pocos años: “En los primeros meses de 1948 se ocupó de hacer instalar agua potable en el área de San Francisco, Córdoba; enterada de que la Dirección Nacional de Menores practicaba la “guarda” de niños a particulares, ordenó la suspensión de esta práctica porque era “una forma disfrazada de inicua explotación”. Más adelante, Demitrópulos aclara: “Nadie ha llevado hasta ahora un cuenta exacta y pormenorizada de las obras que la Fundación sembró a lo largo y a lo ancho del país y pareciera que su destino haya sido eso: una siembra”.

De la misma manera que Demitrópulos, su contemporánea Aurora Venturini, compañera de sueños y militancia, también dedicó un libro, *Eva, Alfa y Omega*, a honrar la memoria de Evita, subrayando la potencia de su accionar social: “Eva sobrevolaba de fundación en fundación, y reunió los policlínicos desvencijados, inservibles por obra del latrocinio humano, construyendo la Fundación Eva Perón, que cargaba camiones con víveres, medicinas, ropa, trabajo, médicos, maestras, etcétera; los pueblos misérrimos a su vez vieron barrios, escuelas, negocios. La civilización que les fuera ne-

gada por las huestes de la infamia, alzada muralla entre demasiado rico, demasiado pobre”.

Negros, mulatos, indios cabecitas negras y todos aquellos descartados de la historia, cobran voz para derrotar al olvido, como si todos los siglos se albergasen en un instante.